
1914: el desastre que no llegó

Salvador Rueda Smithers

“Los futuros no realizados son sólo ramas del pasado: ramas secas”, escribió Italo Calvino. Y una rama seca de 1914 fue la destrucción de la capital del país. Pues la catástrofe no se produjo. Las fotografías dan fe de un desfile sin violencias, más bien alegre. Francisco Villa y Emiliano Zapata, precedidos por los miembros de sus estados mayores y seguidos por sus tropas, cabalgaban tranquilamente hacia el zócalo; de ahí pasaron al Palacio Nacional.

Aun familiarizados con la gran producción gráfica de la Revolución Mexicana, ¿quién no ve con sorpresa siempre renovada la serie fotográfica de villistas y zapatistas en la ciudad de México? ¿Cómo evitar detenerse ante la manoseada imagen de un Pancho Villa sonriente en la silla presidencial, junto a un Zapata optimista? ¿Cómo olvidar a los zapatistas desfilando con su estandarte guadalupano?

Fenómeno que vemos mentalmente en blanco y negro, la Revolución se volvió épica en parte por méritos propios y en parte gracias a la astucia historiográfica, ésa que ha usado y usa el material gráfico para documentar hechos heroicos.

Vivir la revolución fue difícil. La ciudad de México en 1914 es un ejemplo: el asombro de los capitalinos ante la inesperada pacífica conducta de los rebeldes que resolvía el final de una guerra que muchos olvidan, la guerra de las palabras; tal asombro se alcanza a apreciar detrás

de las caras festivas de los rebeldes. El ambiente aterrador que precedió la caída de Victoriano Huerta fue desplazado por el gusto de villistas y zapatistas al desfilarse por esas calles que mareaban “de tantas banquetas que tenían”, como dijera en son de broma Emiliano Zapata.

Las fotografías muestran, en primer término, la fiesta; al fondo, se descubre una realidad que en su momento fue dura.

Cuando los fotógrafos acomodaron sus pesadas cámaras de cajón y tripié de madera en las calles del centro de la ciudad de México, sabían que estaban a punto de traspasar los umbrales de la historia. Lo que imprimirían en sus placas se alejaba de lo anecdótico y común del suceso político cotidiano: pronto serían testigos de una *entrada triunfal* con todas las de la ley histórica, digna de ser relatada por las plumas herederas de Gibbon y Mommsen.

Acostumbrados ya a documentar con imágenes los rápidos cambios de los últimos tres años, la febril labor de los fotógrafos respondía a algo más que corazonadas sobre sucesos impactantes. Esta vez, lo sabían con certeza, se dejaría recuerdo fiel y exacto de un hecho trascendental.

Diciembre de 1914 apenas comenzaba. La fecha prometía ser memorable y ellos, los fotógrafos, la fijarían para el futuro. Serían testigos privilegiados del final de una época, encargados de mantener su recuerdo visual.

que trabajaron en las haciendas hasta un par de años antes; y lejos de comportarse como animales rapaces, su humildad extrañó: con comedimiento pedían pan, tortillas y alimento para sus monturas, tan flacas la mayoría que semejaban manada de rocinantes.

El apocalipsis no llegó. Los capitalinos descubrieron que los profetas de la catástrofe se habían equivocado. Tal vez alguien se diera cuenta entonces que había sido engañado por los defensores de la vida decente y civilizada.

Al llegar al zócalo, la sorpresa y la desconfianza debieron ceder un poco. De acuerdo a lo que muestran las fotografías, hubo un mar de gente, más por los que miraban que por los rebeldes recientemente llegados.

La desconfianza citadina era hija del temor

La capital vivió en constante amago desde que Huerta había llegado al poder. De hecho, la efímera eficacia huertista se fundó en el miedo; y no sólo a la cotidiana y evidente brutalidad militar del régimen, que marcó la memoria de los hombres reclutados por medio de la leva —un ejército de 250 mil hombres, prometió Huerta a las cámaras—, ni tampoco la conocida agresión a diputados, senadores, políticos y simples simpatizantes de la revolución, sino en el alcance masivo de su propaganda contra los rebeldes del norte y del sur. La ciudad estaba ciertamente sitiada, pero desde dentro, desde Palacio Nacional y desde las oficinas de los diarios capitalinos. Se inventaron sitiadores a partir de lo poco que se veía; ciertos signos, cercanos y lejanos, parecían corroborar las afirmaciones exageradas. Noticias de los viajeros por ferrocarril a Cuernavaca y Puebla; arrieros que llevaban y traían mercancías y rumores; visibilidad de las fogatas nocturnas en las estribaciones del Ajusco —que John Womack bien señaló, a despecho del gran parecido literario con las fogatas garibaldianas de Lampedusa. Las fuerzas de Zapata en las inmediaciones de la ciudad, escribió Saborit, “eran la esencia del pánico”.

El cuadro del asedio era simple y reiterativo. El mundo de la barbarie, se notificaba diariamente, amenazaba al mundo de la aristocracia criolla. Los zapatistas en Tlalpan; los zapatistas tiroteando trenes; los zapatistas aniquilados sin que, extrañamente, se extinguieran; los zapatistas asesinando pacíficos; los zapatistas envenenando el agua, como nuevos Borgias... No había día sin que los diarios machacaran el alma de sus lectores; tal vez por eso, al verlos desfilar en la ciudad, sorprendiera su conducta.

Los últimos días del gobierno de Huerta y el interin de Carbajal a la Convención, se vivió un ambiente pesado, de ánimos caídos. Aun hombres lúcidos que no simpatizaban con la revolución y a quienes se puede calificar de cualquier cosa menos de ingenuos, eran víctimas del terrorismo de las palabras. Uno de ellos, Federico Gamboa, consciente de las mañas y exageraciones, cayó de todas maneras en el remolino; Gamboa, quien al leer las noticias sobre la invasión norteamericana escribió que los “periódicos no pueden leerse si no se tapa uno las narices. Huerta y sus amigos no dejan de mentir”, no fue inmune a la retórica del temor. El 12 de agosto de 1914 confesó en su diario: “Han continuado los malos presagios y las certidumbres amenazantes... intransigencia inaudita de parte de los carrancistas; desavenencias entre Carranza y Villa, acentuadísimas según decires de iniciados y zahoríes; peligro de invasión zapatista en el momento menos pensado. En total, incertidumbre y angustia generales, desorientación absoluta, lo mismo individual que colectiva; los espíritus abatidos, las imaginaciones caldeadas y bordando enormidades; una atmósfera densa al parecer precursora de catástrofes y horrores.”

No era para menos. Había llegado el momento de cobrarle a Huerta el resultado de su política. Todos sabían, como otro escritor, Heriberto Frías, que la frase “La paz, cueste lo que cueste”, no significaba más que guerra abierta. Y Huerta perdió.

¿Cómo vivía la ciudad de México ante las puertas del desastre? La crónica del último mes del gobierno de Huerta revela varios nive-

les de lectura. Pues aparte de las notas tremendistas de que la suerte de la capital pendía de un hilo, sostenido y controlado por el mismo Huerta, otras notas nos hablan de una cotidianeidad apenas rota, sin sobresaltos. Se aparentaba "normalidad", aunque entre líneas el miedo enseñara el rostro.

La realidad política se descomponía como la luz por un prisma. Por un lado, está la lucha por el poder en el seno de un gobierno que se desmoronaba sin decirlo; por el otro, el de una revolución que rápidamente —y con mayor insistencia— repetía las caras que se hicieron famosas tres años atrás: las caras norteñas, en fotografías luminosas, que poco a poco sustituían a las mismas caras calificadas de lóbregos bandidos llenos de sombras fugados de las cárceles (Villa), y de políticos segundones y mal agradecidos (Carranza), o la de diablos sureños, indios salvajes a los que la propaganda periodística había convertido en bárbaros y la literatura criminal en animales cuya conducta estaba, por naturaleza, alejadísima de la obediencia a la ley.

Por abajo, aparece el flanco ahistórico, el del desorden cotidiano, delincuente. A su lado, las fiestas de los ricos, en los clubes, que jugaban tenis; también las diversiones públicas, como los toros y el cine. Así, la ciudad se confundió con el discurso que la describía. Veamos algunos ejemplos:

Los primeros días de julio renunció el Ministro de Industria y Comercio, Querido Moheno, pilar del huertismo y cabeza de lanza contra Madero un par de años antes, desde la tribuna de la XXVI Legislatura. Con todo y lo que esta renuncia pudiera significar, se dijo entonces que el país se había salvado de la grave crisis internacional.

Al mismo tiempo, concluyeron las conferencias de Niágara Falls. Ahí Huerta fue derrotado en el campo diplomático: los Estados Unidos reconocieron a los revolucionarios norteños como interlocutores oficiales.

Por esos mismos días se llevaron a cabo elecciones presidenciales. Un fracaso más: únicamente el 3% de la población acudió a votar, menos de los que asistían a los cines y teatros los

finés de semana. El Salón Rojo, con sus ocho estrenos, la zarzuela y la ópera resultaron más atractivos; lo mismo el exitoso —y luego exiliado— cómico Leopoldo Beristain, que caracterizaba a un charro bigotón, enamorado de criadas, o al matón de la colonia de la Bolsa o de Tepito, quien no perdía oportunidad de dar mensajes moralizadores contra la revolución y en favor de Huerta —"Caudillo que hoy preside la nación".

La nota roja también dio qué decir. Junto a la noticia de una atrocidad zapatista, otro hecho horrible, pero cotidiano, creó un suspense novelesco de dos semanas, en el que finalmente salió triunfante la justicia y un extraño policía llamado Detective Omar. Lo que en un principio se creyó el suicidio de María Zamora, desembocó en un fallo injusto contra su novio Demetrio Martínez. A los pocos días se descubrió al verdadero culpable, quien de paso fue acusado "de haber andado con los zapatistas".

Las noticias del conflicto entre Villa y Carranza arrebatában espacios a notas de interés ciudadano, como el del proyecto de aumento al impuesto predial —que finalmente se aplazó—; o el anuncio de Harry Weber de que entre julio y septiembre habría temblores de tierra originados en el Popocatepetl; o del registro de Sanidad de las prostitutas, las que en número de cuatro mil trescientos sesenta se presentaron al viejo Hospital Morelos en cinco días; o las quejas sobre los tiraderos de basura en la Villa, Peralvillo y La Piedad, "llenando de moscas y demás gérmenes las fábricas y centros poblados"; o el que una niña muerta fue comida por las ratas durante su velorio, pues la gente común tenía la costumbre de bailar y tomar durante los dos días que duraban los velorios, tal era "el grado de incultura en que se encuentra el pueblo bajo", decía un diario (*El Independiente*); o la amenaza de ponerle el nombre de Avenida Blanquet a una calle de San Angel, en honor al ministro de Guerra; o, finalmente, el intento de robo a la Academia Nacional de Bellas Artes.

Una parte de la sociedad capitalina se mantenía ajena a los sucesos políticos —cuando menos públicamente. Asistían a los "lunch-

Champagne” mientras disfrutaban de los “cross-country” del Club Hípico Alemán; o iban a tertulias de las damas “de nuestra élite”; o asistían a los juegos de tenis en el Club Gêneve y al “centro sport” llamado Junior Club.

En alguna ocasión, un reportero quiso alejarse más de la presión de las circunstancias. Un suceso, que hoy consideraríamos más bien desastroso, dio pie a una ilusión momentánea, de unas cuantas horas; la ciudad de México, calurosa y asediada, de pronto pareció europea, invernal y romántica.

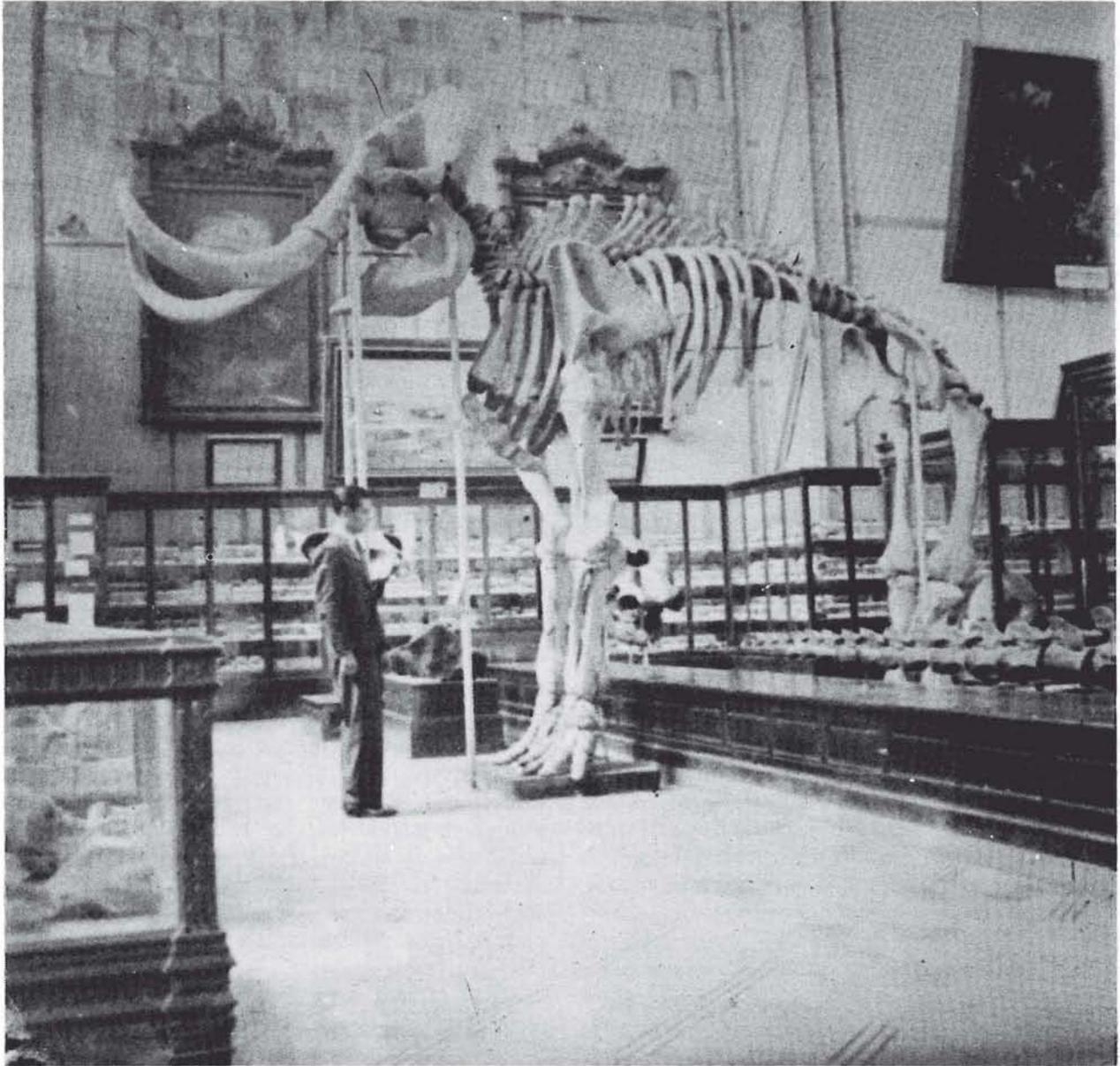
La nota, que apareció en *El Imperial*, periódico moribundo, el 4 de julio, jugó el papel de ilusionista: bajo grandes letras, soñaba. Después de leer “La granizada más grande en México. Cómo fue vista ayer en Chapultepec”, el lector escapaba momentáneamente de la realidad nacional. Tres fotografías mostraban, en efecto, que Chapultepec parecía “bosque de Bolonia después de una nevada”. Ciertamente, la presencia de un hombre en bicicleta en medio de un prado blanqueado, da idea de lo que sucedió; más o menos diez centímetros de agua congelada.

A pesar de los indudables daños, el reportero no quiso perder la ocasión de creerse en otro país, en otro tiempo, en otra sociedad. El deseo de ser distinto emergió: “Entrecerrando los ojos para ayudar a la niebla, podía hacerse uno la ilusión de que una abundante nevada había caído en Chapultepec, y que de un momento a otro, iba a surgir por una de las calzadas, enteramente cubiertas de granizo, un trineo de cascabeleantes corceles que dejarían escapar

por sus narices hinchadas, un vaho invernal; y que envuelta en pieles, con el rostro enrojecido por el aire cortante, iría a bordo del vehículo alguna damita de nuestra aristocracia”. Paradójicamente, en el mismo diario se anunció un suceso que era el principio del fin de la aristocracia modelo: se oficiaría la misa en honor de los príncipes recientemente asesinados en Sarajevo. La primera Guerra Mundial estallaría muy pronto. La época de la seguridad en Europa, para usar la frase de Stephan Zweig, estaba a punto de terminar.

El 16 de julio renunció Victoriano Huerta. Llegó la hora de los revolucionarios, con su carga de adjetivos inventados por el régimen que se iba. Mientras tanto, la ciudad, desgarrada en suburbios, vivía y esperaba el cataclismo que no llegó. Primero los carrancistas y luego villistas y zapatistas. Entraron sin problema a la ciudad.

Como sabemos, la historia señala lo venido, pero no avisa los hechos concretos. Así, lo pensado como inevitable en julio de 1914 no aconteció. Lo terrible de la revolución, ciertamente, radicó en los efectos de la guerra: escasez, hambre, tifo, que se manifestaron en 1915. Pero lo verdaderamente impactante sucedió en las mentes de las víctimas silenciosas del huertismo: el temor a lo porvenir cargado de adjetivos y sustantivos: muerte, robo, anarquía, ríos de sangre, fin del mundo civilizado en esta parte del globo, destrucción de la sociedad ordenada y controlada. Pues lo terrible, lo oscuro, está en el miedo a lo terrible, a la oscuridad.



Museo del Chopo.